

¡Ah! Estamos de tal modo llenos de nosotros mismos, tan esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, nuestro ídolo, á quien ofrecemos sin cesar algun sacrificio, á quien hacemos votos; á quien sacrificamos nuestra propia salud, sacrificando hasta los intereses de Dios.

Comparando nuestra conducta con la de los mártires, ¿no se diría que aquellos tenían otro Evangelio? Digámoslo mejor: nosotros no tenemos otro Evangelio; pero ¿no es la mas ridicula de las extravagancias, tener valor para lisonjearnos de ser discípulos del mismo maestro, y de seguir la misma doctrina que los mártires? Si yo paso mi vida entre la alegría y los placeres; si no busco mas que lo que halaga mis sentidos y mi codicia; si alimento y sigo mis pasiones; si no me ocupo mas que de satisfacer mi amor propio; ¿sirvo yo al mismo dueño que los mártires? ¿sigo la misma ley? ¿Qué razon tengo yo, pues, para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive en la molición, ¿tendrá la misma bienaventuranza que una Sta. Inés? Un hombre que no ansia mas que por los placeres, ¿será tan dichoso como un S. Timoteo?

Vos me mandáis, Señor, que me aborrezca. ¿Y tengo yo acaso un enemigo mayor de mi verdadero bien que yo mismo? ¿Qué odio, pues, mas racional? ¿No es en verdad amarnos el aborrecernos de este modo?

Concededme, Señor, este odio santo de la carne y de la sangre, este odio saludable de mí mismo, y que no olvide jamás que quien ama alguna cosa tanto como á vos, no es digno de vos.

JACULATORIAS.—Yo no puedo serviros ni amaros, Señor, si no me desposo con vuestra cruz, y si no me aborrezco para no amar mas que á vos. (*Exodo 4.*)

¿Deseo yo, ni apetezco otra cosa que á vos, Dios mio, en la tierra, ni en el cielo? (*Psal. 72.*)

PROPOSITOS.

1 Comenzad desde este día á amar á Dios con aquel amor de preferencia, que le asegure de tal modo el primer lugar en vuestro corazón, que para conservarles esteis en disposición de sacrificarles bienes, placeres, amigos, parientes, la vida misma; y para esto tomad una resolución firme de no querer, ni emprender cosa alguna, sin que antes lo consultéis con Dios, siguiendo siempre su voluntad. No os fieis de vuestras luces; el

amor propio ciega. No hagais nada de consideracion, sin que primero tomeis parecer de un sabio y celoso director.

2 Examinad si estais demasadamente apegados á vuestra familia, ó á vuestros intereses temporales. Tiénense algunas veces ciertas predilecciones por los hijos, las cuales introducen la disension y los zelos en las familias. Las amistades particulares no son menos odiosas, ni menos perniciosas en las comunidades; todas estas distinciones, todas estas preferencias, son efectos de nuestro amor propio. Tengamos un amor reglado á nuestros parientes y á nosotros mismos, no se esclavice nuestro corazón á la pasión, y entonces no cometeremos ya injusticias. Dios debe preceder á todo, este es su propio lugar. Sufocad, al mismo tiempo, ciertas sensibilidades, corregid cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que prueban que os amais demasiado. El amor propio es un enemigo astuto y doméstico, tanto mas temible, quanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende. Siempre de inteligencia con nuestras pasiones, turba sin cesar nuestro reposo, y pone en gran peligro nuestra salvacion. Tomad hoy la resolución de no contemplarle mas, de combatirle sin descanso hasta vencerle. El se desliza en todas partes; no le perdoneis en ninguna: se nutre de nuestras conveniencias y comodidades; cercenad todo lo que no es absolutamente necesario. La mortificacion sola le debilita; determinad hoy las que hubiereis de hacer. La mortificacion de los sentidos es el suplicio del amor propio; privaos de todas las satisfacciones que no tienden mas que á hacerle mas fiero. Por mas contrario que sea á la devocion, suele avenirse con muchos de los que hacen profesion de devotos. Hacedle una perpetua guerra.

DOMINGO QUINTO DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la denominacion del oficio de la misa de los domingos despues de Pentecostés se les ha dado del asunto del Evangelio que se lee en ella, este quinto domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca, porque se leía en él la historia que el Evangelio refiere de la pesca prodigiosa que hizo S. Pedro en virtud de la palabra de Jesucristo, y que hace ya muchos siglos es el asunto del Evangelio del domingo cuarto. Llámasele hoy el domingo de la perfeccion de la ley de Jesucristo, sobre la ley antigua que se habia dado á los judios por el ministerio de Moisés; porque el Evangelio que la Iglesia ha fijado á este día, declara que la mayor perfeccion de la antigua ley no basta para la

salvacion de los fieles; que Dios exige de ellos una justicia mas exacta, una fe mas pura, una piedad mas espiritual, una caridad mas generosa y mas universal, una santidad, en fin, mas perfecta que la que pedia á los judios. La Epistola tiene una perfecta relacion con esta obligacion, en razon de que es un compendio muy instructivo de la perfeccion cristiana y de las mas esenciales obligaciones del cristiano.

El introito de la misa está tomado del salmo 26, que tiene por titulo Salmo de David antes que fuese ungido. David recibió la uncion real hasta tres veces. La primera por mano de Samuel en Belen, en casa de su padre Jesé; la segunda en Hebrón despues de la muerte de Saul; y la tercera despues de la muerte de Isboset, cuando fué reconocido por rey de todo Israel. Este salmo, en el que el santo rey reconoce una proteccion de Dios tan visible y tan marcada contra sus enemigos, no podia haber sido compuesto en su primera uncion, cuando David, todavía jóven, no tenia otros enemigos mas que las bestias feroces que perseguian á los rebaños que guardaba, y en el dia de esta uncion real fué cuando el espíritu de Dios se difundió sobre él, como dice la Escritura. No pudo, pues, este piadoso príncipe haber compuesto este salmo sino en la ceremonia de la segunda uncion, ó tal vez en la tercera, cuando victorioso de todos los peligros que habia corrido, tanto por parte de Saul, como por parte de los partidarios de Isboset, hijo de Saul, se vió, por fin, pacífico poseedor de todo el reino de Judá y de Israel, y en estado de ir á rendir á Dios en el tabernáculo humildes acciones de gracias. Como la confianza que tenia en Dios era la que le habia mantenido siempre intrépido en medio de los peligros, esta misma confianza es la que le estimula á implorar la misma proteccion y el mismo auxilio para todos los accidentes de la vida.

Oid, ó Dios mio, los clamores que dirijo hácia vos: continuad socorriéndome; sed siempre mi protector omnipotente, mi apoyo, mi refugio. ¿Podreis, Señor, rechazarme, cuando pongo en vos solo la esperanza de mi salvacion? Si Dios ha protegido de un modo tan particular á este santo rey, tambien es verdad que este santo rey ha tenido toda su vida la mas perfecta confianza en Dios. Puede asegurarse que éra esta su virtud favorita, y son muy pocos los salmos que tenemos de él en que no resplandezca su confianza en Dios. *El Señor es mi luz y mi salud; él me ilustra, me defiende, me sustrae á los lazos de mis enemigos, vela en mi conservacion; ¿á quien, pues, temeré?* Por estos dos versículos de este salmo comienza la misa de este dia: cuanto mas obligacion tenemos de aspirar á la perfeccion, tanto

mas debemos orar con confianza; y cuanto mas difícil es el levantar el edificio de la perfeccion cristiana, tanto mas debemos contar con la gracia de Dios y sus auxilios.

La Epistola de la misa está tomada de la primera de S. Pedro, en la cual el santo Apóstol exhorta á los fieles á que presenten entre sí una perfecta union, una bondad compasiva, una caridad universal, un afecto lleno de ternura, y una dulzura propia para ganar los corazones; á que no vuelvan mal por mal, sino que deseen todo género de bienes á aquellos mismos que los maldicen, teniendo presente que todos hemos sido llamados á esta perfeccion, á fin de recibir de Dios la bendicion que nos pone en posesion de la herencia. Exhórtales tambien á que eviten la murmuracion y la mentira; á sufrir por la justicia; á no temer los males de que puedan verse amenazados; en fin, á que por nada se turben, sino que en todo lance den gloria y testimonio á la santidad del Señor, por una vida inocente y una conducta irreprochable.

Despues de haber dado el santo Apóstol saludables avisos, en particular á personas de ciertos estados, descendiendo aquí á las obligaciones comunes á todas las condiciones; y el pormenor tan preciso que hace de ellas, es una corta leccion que encierra toda la perfeccion cristiana. Comienza por la oracion, cuyo ejercicio recomienda á todos los fieles como un medio seguro y eficaz para obtener los socorros del cielo en todas sus necesidades: *tened todos, dice, un mismo espíritu*, así como todos debeis tener el mismo fin y el mismo principio: como la caridad es el vínculo de la perfeccion, profesaos unos á otros una bondad y un amor que se interese en las diferentes disposiciones de gozo ó de tristeza en que se encuentren los demás; y puesto que debeis amar á vuestro prójimo como á vosotros mismos, doleos de todas sus aflicciones como os doleis de las propias vuestras, y compadeceos de todos sus males. Tened misericordia; pero tened presente que la misericordia no consiste solamente en una ternura del alma sobre las miserias de otro, sino que se estiende á un deseo verdadero de remediarlas: en este concepto, no os contenteis con ser sensibles, ni aun con gemir sobre los males; aliviadlos con vuestros consejos, con vuestro crédito, con vuestras limosnas; la misericordia dice algo mas que la simple compasion. Sed modestos y humildes, jamás hubo verdadera humildad sin modestia: es muy natural el dar el primer lugar á los que se estiman mas que á sí mismos. Es uno contenido, circunspecto, discreto en sus palabras, en sus juicios, en sus acciones, cuando es modesto; todo lo es cuando es humilde; la humildad y la modestia forman

en parte el carácter de los verdaderos cristianos: *No volviendo mal por mal, ni maldición por maldición.* La ley cristiana que ordena que amemos á nuestros enemigos, y que hagamos bien á los que nos hacen mal, está muy léjos de permitir que volvamos mal por mal, y que nos vengamos. Por el contrario, añade S. Pedro, bendicid á los que os maldicen, porque haciendo esto, segun la espresion de S. Pablo, amontonareis carbones ardiendo sobre su cabeza. Porque si vuestros beneficios les ganan, quedan bastante castigados de su odio por la vergüenza y la confusion que conciben; si continuan aborreciéndoos á pesar de vuestros beneficios, quedais bien vengados por la confesion que se ven precisados á hacer de vuestra virtud y de su miseria. *Tú eres mas justo que yo,* decia en semejante caso Saul á David. Y no penseis que se trate aquí solo de un deber de consejo y de perfeccion, es un precepto; *puesto que habeis sido llamados para llegar á ser herederos de la bendicion.* Esta es la vocacion de todos los cristianos, y la señal por la cual se conocen los discípulos de Jesucristo, los verdaderos fieles. Su carácter consiste en ser humildes, modestos, caritativos, benéficos, en colmar de bienes á los que mas les injurian. Tal ha sido la vida de los primeros cristianos; tal es todavía el día de hoy el espíritu del cristianismo.

El que desee gozar de la vida, y ver días felices, refrene su lengua para que no diga nada malo, y sus labios para que no profieran nada falso. Estas palabras del santo Apóstol están tomadas del salmo 33: *¿Quiere el hombre, dice David, vivir dichoso, y ver pasar sus días con regocijo? prohíba á su lengua la murmuracion, y no profieran nunca sus labios mas que la verdad.* Como es el mismo Espíritu Santo el que animaba á los profetas y á los apóstoles, no es extraño que tengan los mismos sentimientos, y que digan muchas veces lo mismo. El freno de la lengua, la reserva, la circunspeccion, la moderacion en hablar, la caridad, la sabiduría en las palabras, todo esto ha sido siempre recomendado como absolutamente necesario para la piedad y para la felicidad de la vida. Si hay alguno que no peque en la palabra, este, dice el apóstol Santiago, es un hombre perfecto. El freno de la lengua hace al hombre dócil; y como el timon aunque pequeño arregla el derrotero de los mayores navios, á pesar de la violencia de los vientos y de las olas, así tambien, añade el Apóstol, la lengua es á la verdad un miembro muy pequeño, mas ella hace cosas estrepitosas. Ved como un poco de fuego es bastante para abrasar un gran bosque; pues no de otro modo la lengua es tambien un fuego, es una reunion de todo género de iniquidades. No hay bestias salvajes, ni clase alguna de animales,

á quienes el hombre no reduzca, y que no haya reducido; pero la lengua ninguno puede reducirla sin la gracia. Es un mal incapaz de reposo, está llena de un veneno mortal: es el mismo Apóstol el que sigue hablando. Nada turba tanto nuestro reposo, nada causa tantas divisiones y enemistades como la lengua; nada descubre tampoco mejor el interior de un hombre por mas que disimule; la lengua tarde ó temprano quita el velo á la hipocresía, ella habla igualmente el idioma de todas las pasiones, y el de la virtud.

Evite el fiel el mal, continua S. Pedro, y haga el bien. No basta el no ser malo, es menester ser virtuoso. El siervo de que habla el Evangelio no habia malversado, ni habia hecho mal uso del talento que habia recibido; le habia conservado cuidadosamente; sin embargo, es reprobado por no haberle hecho producir. ¡Qué error imaginarse que con tal que no se haga mal, ya puede uno vivir seguro en conciencia! En el cristianismo es un mal el no hacer bien. *Busque la paz y sigala.* Cuando no se goza de paz consigo mismo, apenas puede conservarse con los demás. La paz es un bien tan grande, que para conservarla con aquellos con quienes vivimos debe uno sacrificar sus propios intereses temporales, su placer y hasta sus resentimientos. *Porque el Señor, prosigue el Apóstol, tiene puestos los ojos en los justos, y abiertos sus oídos para escuchar sus ruegos.* El Señor, que es el Dios de la paz, y enemigo de la disension, de las enemistades y del desórden, mira siempre con ojos favorables á los hombres de bien, al paso que mira con indignacion á los que obran mal. En todo este razonamiento demuestra muy bien S. Pedro, que el espíritu de paz y de mansedumbre debe, por decirlo así, caracterizar á los buenos, á los fieles verdaderos, y que los espíritus turbulentos, los corazones llenos siempre de hiel, las almas inquietas que no pueden ni vivir en paz, ni dejar vivir á los demás, son objeto de la indignacion de Dios, y deshonran la augusta y santa cualidad de fieles que les distingue.

Tened zelo por el bien, servid á Dios con fidelidad, cumplid vuestros deberes de cristianos con puntualidad, haced el bien con la mira de agradar á Dios, vivid piadosa é inocentemente, y nada temais. Toda la malicia de los hombres y de los demonios no puede dañarnos. Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion; pero bienaventurados los que padecen por la justicia. Si hubieras obrado bien, dijo Dios á Cain, ¿no hubieras recibido la recompensa? No tenemos que temer otra cosa que el pecado, este es el único mal que puede dañarnos. No temamos ni lo que la malicia tiene de mas espanto-

so, ni lo que la crueldad tiene de mas terrible. Conservemos la tranquilidad, mantengamos una paz inalterable en medio de las mas violentas tempestades. Todo el que, lleno de confianza en la bondad del Altísimo, buscase en él un asilo, bajo la proteccion divina estará á cubierto de todos los males. Santifiquemos en nuestros corazones al Señor Jesucristo, esto es, vivamos con tal inocencia, procuremos que nuestro corazon sea tan puro, nuestra conducta tan edificante y tan santa, que no solo habite el Señor en nuestros corazones como en su templo santo y sagrado, sino que los mismos infieles reconozcan que el Dios de los cristianos es muy santo, puesto que sus discípulos llevan una vida tan pura, tan santa y tan perfecta; y que él es el único Dios verdadero, puesto que la probidad, la buena fe, la inocencia y todas las virtudes no se encuentran mas que en sus siervos. Nuestras costumbres deben glorificar al Señor, y toda nuestra conducta debe hacer el elogio de nuestra religion. Santificáremos á Jesucristo en nuestros corazones, si somos santos como nuestro Padre celestial es santo; nosotros pedimos á Dios todos los dias que su nombre sea santificado, esto es, que Dios sea reconocido, adorado y glorificado en toda la tierra; nada, pues, contribuye mas para hacerle conocer, amar y servir en todas partes, que la verdadera piedad de los cristianos. *Así como, dice el Eclesiástico, habeis sido santificado en vuestros siervos por la virtud y la santidad, que ha brillado en ellos, á vista de todos los pueblos; así tambien admiramos la fuerza omnipotente de vuestra gracia en su conversion.*

El Evangelio está tomado del capítulo 5 de S. Mateo, el cual es como un compendio de toda la perfeccion del santo Evangelio.

Acababa el Salvador de pronunciar aquel admirable discurso que habia hecho á sus discípulos de las ocho bienaventuranzas, en el cual les habia dado la idea mas alta de la perfeccion cristiana y del ministerio evangélico á que les habia llamado; cuando tomándolos aparte, como si no se hubiese explicado con bastante claridad en público, les repitió lo que acababa de decirles, pero en términos todavía mas fuertes y mas espresivos. Yo os digo, pues, añadió, que si vuestra virtud no es muy superior á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. La virtud aparente de los hipócritas tiene mucho brillo y poco fondo; toda ella consiste en exterioridades, sin que haya nada en el corazon; enseñan, predicán, dicen mucho, pero nada hacen.

Los escribas entre los judíos eran los doctores de la ley, cuyo oficio era escribirla, leerla y explicarla al pueblo; sus decisiones eran recibidas con el mismo respeto que la ley de Dios. Eran muy

distinguidos, ocupaban un lugar superior aun á los sacrificadores, y estaban tenidos en gran veneracion entre el pueblo, que no podia imaginar que los que poseian tan bien toda la ciencia de la ley de Dios, y que la esplicaban á los demás, no la guardasen, ni fuesen tan santos como parecian. Como no se habla de los escribas antes de Esdras, se cree que este nombre no se les dió hasta despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia.

Los fariseos formaban una secta particular entre los judíos. Llamábanse así porque estaban separados de todos los demás por su género de vida; hacian una profesion ostentosa de una observancia mas rígida de la ley, y de una santidad afectada de que hacian alarde. La palabra *fariseo* se deriva de la voz *faris*, que en lengua caldaica significa separado. Créese que esta secta comenzó hácia el tiempo de Esdras, porque entonces comenzaron los judíos á tener intérpretes de sus tradiciones. Otros creen que no se estableció hasta el tiempo de los macabeos. Sea como quiera, el *fariseismo* es aun en el dia de hoy, como lo era en tiempo de Jesucristo, la secta dominante en la religion de los judíos, porque todo el gran número de tradiciones que están en su *Talmud*, viene de los fariseos. Los que pertenecian á esta secta ayunaban el segundo y el quinto dia de la semana, practicaban á lo exterior grandes austeridades, con lo cual imponian al pueblo; añadian nuevas cargas á la ley, y sostenian tenazmente la autoridad de las pretendidas tradiciones, cuya mayor parte habian forjado ellos mismos. Eran muy exactos en pagar los diezmos como les mandaba la ley, y por una afectada supererogacion daban tambien la trigésima y la quincuagésima parte de sus frutos, añadiendo muchos sacrificios voluntarios. Pero el orgullo y la hipocresia corrompian todas las acciones de los fariseos, que no pensaban mas que en hacerse dueños del espíritu de los pueblos, y ganar la estima y la benevolencia de los grandes. Por esto tenian tal crédito en la nacion, que ellos eran sus oráculos y sus maestros. Querian ocupar los primeros puestos en las asambleas y en los festines, y miraban como un crimen el que no se les saludase en las plazas públicas. Jesucristo describe el carácter y el verdadero retrato de ellos: Ellos ligan, dice, cargas pesadas y que no se pueden llevar, y las ponen á cuestras á los demás; sin embargo ellos no quieren aplicar ni un dedo para ayudar á sostenerlas. Hacen todas sus obras, añade, para ser vistos de los hombres; usan de vendas muy anchas, y llevan sus franjas muy largas. Estas vendas eran unas tiras de pergamino, sobre las cuales escribían los judíos algunas sentencias ó preceptos de la ley, á fin de conservarlos así mejor en su memoria; ataban

una en la frente, y otra al pliegue del brazo izquierdo. Los fariseos afectaban llevar estas vendas muy anchas, y mayores que los demás judíos. Por las franjas que llevaban muy largas, se entienden ciertos cordones en forma de borlas ó bellotas de color violado, de los cuales se hace mención en la ley. La vestidura de los judíos tenía cuatro faldones de cuyos cabos pendían estos cordones, y servían para distinguir el pueblo judío de las demás naciones; como los fariseos afectaban en todas las cosas una vana singularidad, hasta en la longitud de estas franjas la procuraban. Ellos son los que han corrompido toda la ley por un montón de ridículas tradiciones imaginarias. Es verdad que ellos reconocían la inmortalidad del alma, y otra vida después de esta; pero admitían al mismo tiempo una especie de metempsicosis, ó trasmigración de las almas, y toda su doctrina correspondía á la corrupción de sus costumbres. Tales eran los escribas y fariseos, cuya falsa piedad y orgullosas austeridades reprueba el Salvador.

Habéis oído, prosigue Jesucristo, que se dijo á vuestros antepasados, no matarás; y el que matáre merecerá ser condenado por el tribunal del juicio. Este tribunal establecido en las ciudades considerables, se componía de veinte y tres jueces. Juzgaba las causas criminales, y podía condenar á muerte. La ley, pues, impuesta á vuestros padres, que prohíbe el homicidio, condena la acción, dice el Salvador, sin hablar de la voluntad de ejecutarla; y vuestros doctores, los escribas y fariseos, limitan este precepto á la sola prohibición del homicidio; *pero yo os declaro, que el odio, las injurias, las calumnias, pueden hacer á un hombre homicida delante de Dios, y digno del último castigo.* Moisés no os ha hablado materialmente más que del homicidio efectivo, mas yo que soy vuestro soberano y primer legislador, vuestro supremo juez, os declaro que la cólera y el odio que concebís, ó que manteneis en vuestra alma, es un crimen grave, puesto que ofende á una persona á quien debéis amar como á vosotros mismos; una persona que estais obligados á querer como hermano, que tiene el mismo padre que teneis vosotros en el cielo.

Pero yo os digo que cualquiera que monta en cólera contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio: el que dijere á su hermano hombre de poco juicio (raca), merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamáre hombre insensato, merecerá el suplicio del fuego.

Para penetrar bien el sentido de las palabras del Salvador es menester saber, que había tres tribunales ó grados de jurisdicción entre los judíos, á los cuales se llevaban todas las causas. El primero era el del juzgado inferior compuesto de tres jueces sola-

mente, en el cual solo se juzgaban las faltas poco considerables y se castigaban con penas ligeras. El segundo era el tribunal que se llamaba del juicio, establecido en todas las ciudades considerables, compuesto de veinte y tres jueces, el cual juzgaba de las causas criminales y podía condenar á muerte. El tercero era el tribunal del consejo ó simplemente el gran consejo llamado Sanhedrin, establecido solamente en Jerusalem, compuesto de setenta y dos personas de las más distinguidas de la nación. Llamábase también el tribunal soberano adonde se llevaban las causas mayores y juzgaba en último recurso, condenando á los criminales á las penas más rigorosas. Queriendo, pues, Jesucristo dar á entender á aquel pueblo grosero, cuan gran pecado es el odio contra el prójimo y cuan severamente se castiga en el tribunal de la justicia divina según sus diferentes grados de malicia, se sirve de la diferencia sensible de la jurisdicción de estos tribunales para dar una justa idea de la gravedad del pecado, por el rigor de los diferentes suplicios á que estos diferentes tribunales condenaban los mayores crímenes. Aunque interior, aunque mudo el odio, no es por eso menos grave delante de Dios, ni dejará de recibir el mismo castigo á proporción que sufrirá un criminal en el tribunal del juicio, en el cual se condena á muerte á los homicidas. Porque si el odio se manifiesta á lo exterior en arrebatos y palabras ofensivas é injuriosas, hasta tratar á un hombre de mentecato, fatuo, hombre de poco talento, en este caso será castigado de Dios tan severamente como lo eran los criminales acusados al tribunal del consejo adonde se llevaban los crímenes de primer orden, y todas las causas mayores. Y si el despreciar solamente á uno y tratarle de hombre de poco juicio es tan gran pecado en el juicio de Dios, ¿qué pecado será el arrebatarle hasta llamarle loco, insensato? Merecerá ciertamente á los ojos de Dios, á proporción lo que merece delante de los hombres un crimen que hace al que le comete digno de ser condenado á que se le quemé vivo. El Salvador da á entender por esta gradación de diferentes pecados, pero todos inferiores al homicidio, cuan distantes estaban los escribas del verdadero sentido de la ley, puesto que el menor de estos pecados merecía una pena igual á la que aplicaban al homicidio, y que una injuria atroz merecía hasta el fuego del infierno. *Gehennæ ignis.*

San Jerónimo nos instruye sobre el verdadero origen de este nombre *Gehenna*, y su significación. Dice que había un idolo de Baal ó de Moloch, próximo á Jerusalem, en un valle que se llamaba Gehennon, esto es, el valle de los hijos de Ennon, en el cual iban á sacrificar y quemar los hijos en honor del diablo.

El idolo de Moloch era un busto de bronce monstruoso cuya cabeza era de vaca, y sobre su medio cuerpo tenia siete grandes aberturas, por donde se introducian las victimas en otros tantos hornos, en los cuales se cuidaba de mantener un gran fuego dia y noche; y de aquí es que el infierno, ó el lugar de las llamas eternas, se ha llamado *Gehenna*; y de aquí tambien nace que esta misma palabra se ha aplicado á todo género de tormentos, fatigas y dolores. Dice S. Jerónimo que Jesucristo es el primero que se ha servido de ella para espresar metafóricamente el fuego del infierno y los tormentos de los condenados, en lo que él llama *gehenna* de fuego. ¿Despues de esto debe mirarse como un pecado leve una aversion, un odio en el corazon que estalla en injurias?

Inferid de aquí, continua el Salvador, cuánto importa el so- focar desde luego que nace, toda idea de odio y todo resentimiento de venganza. Sea cualquiera la injuria que se nos haya hecho, debemos perdonarla y reconciliarnos con nuestros ené- migos. Ninguna cosa hay mas agradable á Dios que el sacrificio; pero le agrada mucho mas, que si hemos ocasionado algun disgusto á uno de nuestros hermanos le demos prontamente una justa satisfaccion; porque nuestra reconciliacion le complace mucho mas que nuestro sacrificio. Si estando ya al pié del altar, prontos á ofrecer nuestro presente al Señor, nos acordamos de alguna falta cometida contra la caridad del prójimo, ó de alguna accion, aunque sea inocente, que haya lastimado á nuestro hermano, *dejemos allí nuestra ofrenda*, y marchemos á reconciliarnos con él, despues de lo cual podremos volver con confianza á hacer nuestra ofrenda y Dios la recibirá con agrado. Aun cuando ofreciésemos al Señor la mitad de nuestros bienes como Zaqueo, si no le sacrificamos al mismo tiempo nuestros resentimientos contra nuestro hermano, no puede moverle nuestra ofrenda. La caridad pura y cristiana es la que valora las mejores acciones. Sin la caridad no hay virtud, ni aun acto alguno de religion que sea meritorio y que agrade. Si yo tuviese el don de profecía, decia S. Pablo, si tuviese la inteligencia de los misterios y una ciencia universal; si tuviese la fe mas cabal y mas perfecta que puede darse; si distribuyese todos mis bienes en la subsistencia de los pobres; si entregase mi cuerpo hasta para ser quemado y me faltase la caridad; todo esto no me serviria de nada, seria reprobada toda mi pretendida virtud. Hanse visto héroes cristianos cargados de palmas y de laureles dispuestos ya para ser inmolados, y sin embargo rechazados de Dios por no haber querido reconciliarse con sus hermanos. No hay sacrificio

agradable al Señor si falta en él el fuego de la caridad. ¿Qué deben, pues, pensar esos pretendidos devotos que conservan en el corazon un desabrimiento tenaz, en medio de una brillantez falsa de buenas obras? ¿Y qué debe pensarse de aquellos ministros del Señor que se atreven á ofrecer el divino sacrificio con un corazon ulcerado?

Notemos que Jesucristo no dice, si os acordais que teneis alguna incomodidad contra vuestro hermano; sino, si os acordais que vuestro hermano tiene algun sentimiento contra vosotros; es decir, que aunque no háyamos tenido intencion de ofender á nadie, si no obstante, sin quererlo nosotros, hemos dado motivo á alguno para que se ofenda, consultemos mas bien á su corazon que á su entendimiento; basta que esté incomodado con nosotros aunque sea sin razon, Dios quiere que nada omitamos para endu'zarle, y para curar la llaga que le ha abierto su delicadeza por causa nuestra; ¿qué no debemos, pues, hacer con mas razon, cuando la ofensa ha sido maliciosa y voluntaria? ¡Buen Dios! ¡á cuántos perderán la envidia, los resentimientos, el odio y la cólera!

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui diligentibus te bona invisibilia præparasti, infunde cordibus nostris tui amoris affectum: ut te in omnibus et super omnia diligentes, promissiones tuas, quæ omne desiderium superant, consequamur. Per Dominum...

O Dios, que habeis preparado los bienes celestiales é invisibles para aquellos que os aman; derramad en nuestros corazones el movimiento y la impresion de vuestro amor. á fin de que amándoos en todas las cosas y mas que todas las cosas, podamos gozar algun dia de la felicidad que nos habeis prometido, la cual sobrepaja todos nuestros anhelos y deseos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola de la misa está tomada de la primera carta del apóstol S. Pedro, cap. 5.

Charissimi: Omnes unanimes in oratione estote, compa-

Mis muy amados hermanos: Permaneced todos unánimes en la oracion; sed compasivos,